

y Alí (655-660), habían sido todos compañeros de Mahoma, y continuaron sus costumbres sencillas, y su vida austera, no viéndose en ellos nada que indicase á un soberano. Abu Bekr no dejó al morir sino el traje que llevaba, el camello que montaba, y el esclavo que le servía, pues durante su vida no había cobrado del tesoro más que cinco dracmas diarias para su subsistencia; y aunque Omar hubiese compartido ricos despojos con sus soldados, llevaba un traje remendado, y dormía con los mendigos en las gradas de los templos.

Así es que los Arabes debieron pasar gradualmente del régimen democrático al régimen monárquico. Bajo los primeros sucesores del profeta había completa igualdad, y un solo derecho para todos; de modo que el cuarto califa, Alí, compareció en persona ante un tribunal para acusar á un individuo de quien creía que le había robado una armadura. Cuando el rey cristiano de los Ghassanidas, convertido con sus tribus al islamismo, fué después de su conversión á ver á Omar, en la Meca, pegó á un Arabe que había tropezado con él por descuido. Habiéndose querellado el Arabe, Omar se vió obligado á aplicar la ley, y ordenar que el monarca sufriese la pena del talió. «¡Es posible, comendador de los creyentes, exclamó el rey, que un plebeyo haya de levantar la mano sobre un jefe de tantas tribus!» El califa contestó: «Tal es la ley del Islam, la cual no reconoce privilegios, ni castas. Todos los musulmanes eran iguales para el profeta, como lo son para sus sucesores.»

Estas equitativas costumbres no prevalecieron largo tiempo; y los califas llegaron á ser soberanos absolutos; bien que la igualdad de todos los musulmanes ante el Corán ha continuado hasta ahora.

El primer sucesor del profeta fué Abu Bekr, á quien Mahoma había designado una vez para decir las oraciones en su lugar; cuyo antecedente le valió la preferencia. Pero esta elección dió lugar á disensiones que se renovaron al nombrarse á los demás sucesores.

Quando hubo recibido el juramento de fidelidad de sus compañeros, Abu Bekr les habló de esta manera, según los historiadores árabes: «Quedo encargado del cuidado de gobernaros; si lo hago bien, ayudadme; si lo hago mal, corregidme; pues decir la verdad al depositario del poder es un acto de celo y virtud, y ocultársela, un acto de traición. Para mí, el hombre débil y el hombre poderoso son iguales. Quiero hacer á todos imparcial justicia; y si un día me

separare de las leyes de Dios y de su profeta, dejaré de tener derecho á vuestra obediencia.»

Abu Bekr tuvo primero que batallar con los rivales que pretendían la dignidad de Califa, y después contra los jefes que querían sustraerse al pago de los tributos impuestos por el Corán. Sin embargo, comprendió muy pronto que el mejor medio de calmar estas disensiones era dar á los Arabes ocasión de seguir fuera del país sus costumbres pendencieras y guerreras; cuya hábil política fué también adoptada por sus sucesores. Mientras pudo procederse así, el islam se extendió, pero el día que los Arabes no hallaron ya en el mundo nada que conquistar, volvieron las armas contra sí mismos. Entonces comenzó la era de su desunión, y con ella la de su decadencia. Su poder debía quedar destruído, más bien por sus propias armas, que por las de los pueblos á quienes sometieron.

Las grandes conquistas de los Arabes no empezaron hasta el segundo sucesor de Mahoma, Omar. Mientras los rigió Bekr obtuvieron muchas ventajas en Siria, pero ya dijimos que si los Arabes eran grandes por el valor, su habilidad guerrera valía poco; y así aquellas ventajas anduvieron mezcladas con reveses, hasta que estuvieron tan instruídos en el arte de la guerra como sus mismos adversarios.

Omar fué tan hábil general, como diestro administrador, sin contar que se mostró ejemplarmente equitativo.

Los historiadores árabes ponen en su boca las palabras siguientes, cuando en calidad de sucesor del profeta subió al púlpito de Medina: «¡Oh, vosotros que me escucháis! sabed bien que jamás habrá hombre más poderoso á mis ojos que el más débil de entre vosotros cuando tenga de su parte la justicia; y que jamás hombre, por mucho que sea el más poderoso de entre vosotros, no me parecerá más débil, que cuando se presente con pretensiones injustas.»

Con Omar empieza verdaderamente el imperio de los Arabes. Al verse obligado el emperador Honorio á abandonar la Siria y refugiarse en Constantinopla, comprendió que el mundo iba á tener nuevos señores.

IV

RESUMEN DE LA HISTORIA DE LOS ÁRABES

Vamos á resumir en este párrafo, siguiendo el orden cronológico, los principales sucesos de la historia guerrera de los Arabes durante los ocho siglos que ha durado su civilización.

Primer siglo de la hégira.—Las primeras conquistas de los sucesores de Mahoma fueron en la antigua Babilonia, donde mandaba Persia, y en la Siria, donde reinaba el emperador de Constantinopla, Heraclio. Empezadas, bajo el primer sucesor de Mahoma, que murió luego, continuólas Omar, quien se apoderó personalmente de Jerusalén. La Siria, ocupada desde hacía siete siglos por los Romanos, les fué arrebatada en siete años.

La Mesopotamia y la Persia quedaron muy pronto sometidas á los soldados de Omar. Dos meses bastaron al califa para echar del trono al último de los Sassanidas, apoderándose del imperio tantas veces secular del rey de los reyes.

En Occidente las tropas enviadas por Omar, bajo la dirección de Amrú, poeta y guerrero, obtuvieron triunfos no menos rápidos, conquistando en breve Egipto y la Nubia; de modo que cuando este califa murió, en 644, el imperio árabe, nacido apenas veinte años antes, era ya vastísimo.

Othman, sucesor de Omar, era más que octogenario: á pesar de lo cual prosiguió la serie de las conquistas, y sus tenientes acabaron de apoderarse de Persia, llevaron sus armas hasta el Cáucaso, y empezaron á explorar la India.

El sucesor de Othman, Alí (655), yerno del profeta, se vió contrariado por competencias que pusieron un momento en peligro al imperio árabe; y después de cinco años de reinado, murió asesinado, desapareciendo con él la primera serie de esos califas, antiguos compañeros de Mahoma, á quienes se consideraba como padres del islamismo.

Su sucesor, Moawiah (660), empieza la serie de los califas Omníadas, los cuales transfirieron el califato á Damasco, y empezaron á adoptar las costumbres de los soberanos asiáticos.

El nuevo califa envió tropas á todo el norte de Africa, del cual formó un gobierno distinto, no deteniéndose sino á orillas del Océano. Una escuadra de 1,200 velas recorrió el Mediterráneo, cuyas islas invadió, entrando también en el territorio de Sicilia.

Hizo sitiar á Constantinopla durante siete años, pero inútilmente; los tenientes del califa pasaron el Oxus, y llevaron su bandera hasta Samarcanda.

Moawiah murió (680) después de veinte años de reinado, y la dinastía que fundó debía durar un siglo.

Los Omníadas continuaron las conquistas, extendiéndolas en Asia hasta las fronteras de

China, y en Occidente hasta el Atlántico. En 712 los Arabes pasan el estrecho de Gibraltar, penetran en España, logran arrancar esta comarca á la monarquía cristiana de los Godos, y hacen de ella un gran reino, que durante unos ocho siglos quedó sometido al poder de los Arabes.

Al terminar el primer siglo de la hégira la bandera del profeta ondeaba desde la India hasta el Atlántico, desde el Cáucaso hasta el golfo Pérsico, y uno de los más grandes reinos cristianos de Europa, España, había tenido que recibir la ley de Mahoma.

Segundo siglo de la hégira.—Esta segunda época vió todavía á los Arabes extender un poco sus conquistas; pero la ocupación principal de estos fué organizar su gigantesco imperio. Penetran en la Galia hasta el Loire, donde rechazados por Carlos Martel, no pueden sostenerse sino en el Mediodía de Francia, de cuyo punto los expulsó definitivamente Carlo Magno.

Durante el segundo siglo de la hégira la capital del imperio fué trasladada de Damasco á Bagdad, ciudad fundada en 762 por Almanzor; y la dinastía de los Omníadas fué reemplazada por la de los Abbasidas (752) descendientes de Abbas, tío del profeta, siendo degollados todos los Omníadas, excepto un vástago que se escapó por casualidad, y que en 756 logró fundar en España un califato independiente.

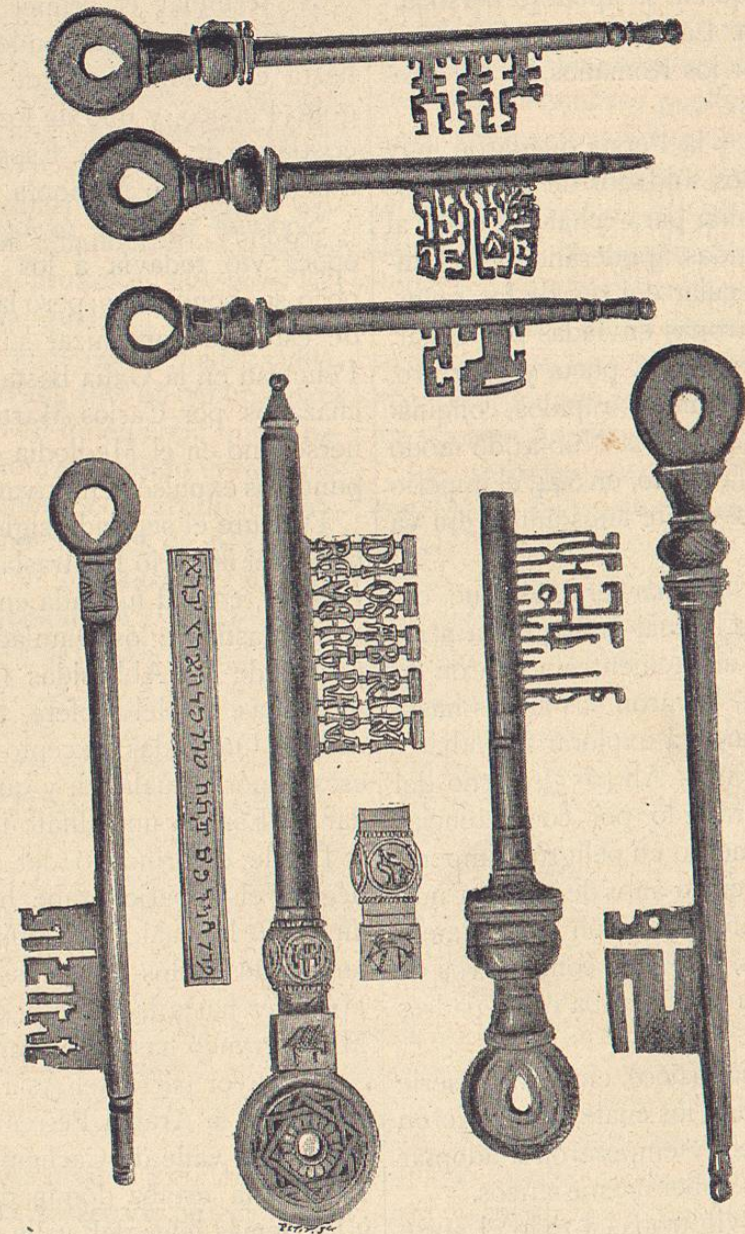
Desde el principio del segundo siglo de la hégira, el imperio árabe había alcanzado los límites de los cuales no debía ya pasar, y se extendía desde los Pirineos y las columnas de Hércules hasta la India, y desde las orillas del Mediterráneo hasta las arenas del desierto.

La mayor parte del Asia obedecía á los califas, desde la Arabia Pétreá hasta el Turkestan, y desde el valle de Cachemira hasta el Tauro. La Persia estaba dominada. El rey de Cabul y los demás jefes del valle del Indo pagaban tributo. En Europa poseían España y las islas del Mediterráneo; y en Africa, el Egipto y todo el norte del continente reconocían sus leyes.

Termina la era de las conquistas y empieza la de la organización. La actividad de los conquistadores se concentra en las obras de la civilización, y el reinado de los primeros Abbasidas es la época de esplendor para los Arabes de Oriente. Apoyándose en la cultura griega, crean luego una civilización brillante, en la cual las letras, las ciencias y artes brillan con la luz más pura. Con Harun-al-Raschid (786-809) las artes, las ciencias, la industria y el comercio toman un rápido vuelo. Poetas, sabios y artistas llevan

hasta los confines del mundo la nombraría del célebre héroe de las *Mil y una noches*. Constantinopla le paga un tributo y Carlo Magno, el emperador de Occidente, le envía una embajada. La misma prosperidad continúa bajo El Mamun, sucesor de Harun.

Pero los lazos que ponían en manos de un solo hombre el gobierno de razas tan diversas como las de aquél gigantesco imperio, eran demasiado cortos para que cupiese conservarlas unidas mucho tiempo; y vamos á ver ahora cómo aquella aglomeración se separa por frag-



Llaves árabes de ciudades y castillos

mentos, cada uno de los cuales tendrá vida propia, sin que la civilización deje de brillar en todos por mucho tiempo del modo más deslumbrador.

Desde el fin del segundo siglo de la hégira, las luchas que debían producir la separación se manifiestan ya, y en el tercero empiezan los desmembramientos.

Tercer siglo de la hégira.—El desmembramiento del imperio árabe, comenzado ya en uno de sus confines con la formación del califato de Córdoba, continuó en el otro extremo, formán-

dose en Persia y en la India, á oriente de Bagdad, diversos principados, que rodearon luego á la capital Bagdad de soberanos independientes.

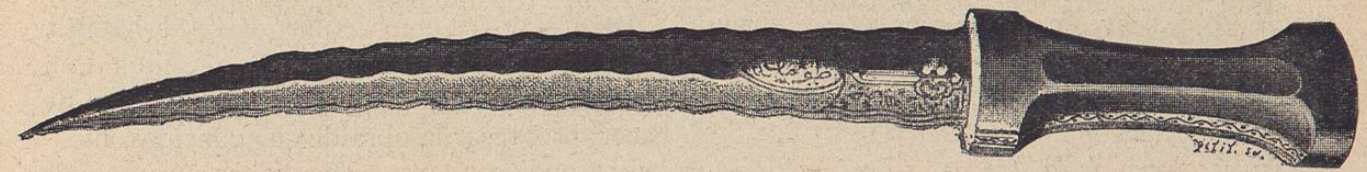
Siglo cuarto de la hégira.—El movimiento de dislocación del imperio árabe, por medio de la fundación de dinastías locales, continúa, y Bagdad pierde su carácter de capital, y el asiento verdadero del Islam queda establecido en el Cairo, en Egipto. La antigua capital de los califas brilla todavía esplendorosamente, pero el foco más importante de la civilización

árabe estaba entonces en España, y las grandes universidades de Toledo, Granada y Córdoba, atraían discípulos de todas las partes del mundo, inclusa la Europa cristiana.

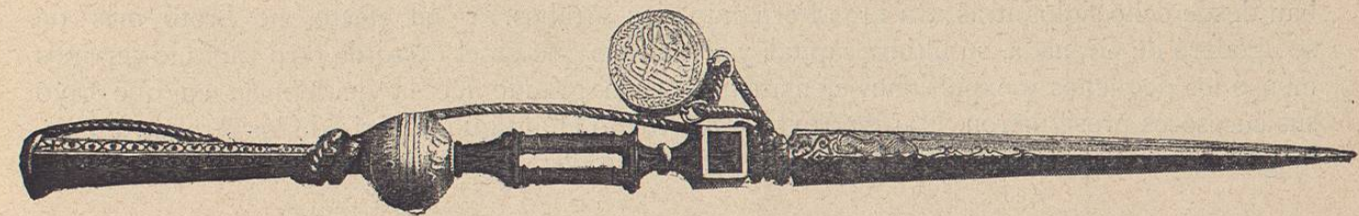
Siglo quinto de la hégira.—Este siglo presencia dos acontecimientos importantes: la primera cruzada, y la aparición en el mundo árabe de los Turcos Seldjucidas. Conducidos primitivamente algunos de estos bárbaros del Turkestán, donde cayeron prisioneros de guerra, formaron al principio la guardia pretoriana de los califas de Bagdad, llegando poco á poco á ab-

sorber el poder real, sin dejar á estos más que un poder aparente. Después de apoderarse del gobierno de todas las comarcas cercanas á Bagdad, ponen sitio á Constantinopla, se hacen dueños de Siria, y en vez de mostrar la tolerancia de los Arabes, gobiernan con el fanatismo de que estaban poseídos: prohíben el culto cristiano, y persiguen á los peregrinos.

Europa, que desde mucho tiempo antes, comenzaba á espantarse de los progresos del mahometismo, llegó á conmoverse; y las exhortaciones de Pedro el ermitaño y el llamamiento



Puñal de un príncipe árabe de Egipto



Lanza de un príncipe árabe de Egipto

del papa Urbano II determinaron la formación de la primera cruzada (1095). Toda una generación de cristianos se precipita en la Palestina, de la cual se apodera, y Godofredo de Bouillón funda el efímero reino de Jerusalén.

En el mismo siglo tuvieron lugar la expulsión de los sarracenos de Sicilia y algunos triunfos de los cristianos de España, pues la toma de Toledo por Alfonso de Castilla es el principio de la reconquista, que no debía terminar sino después de cuatro siglos de esfuerzos.

Siglo sexto de la hégira.—Los primeros triunfos de los cristianos en Oriente habían estimulado su valor, dando lugar á que se predicase una segunda cruzada contra el islam (1147). Pero, como todas las demás que debían seguirla, esta acabó desastrosamente. El famoso sultán de Egipto, Saladino, invadió Palestina, expulsó completamente á los cristianos, y á pesar de una tercera cruzada (1189) dirigida por Federico Barbaroja, Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, quedó dueño de la ciudad santa.

Siglo séptimo.—Este siglo vió también la lucha de muchas cruzadas dirigidas contra el islam, todas las cuales redundaron en vergüenza de Europa. En la cuarta (1202), en vez de ata-

car á los mahometanos, los cruzados saquearon á Constantinopla que pertenecía á los cristianos, fundando el imperio latino de Oriente, que todavía tuvo menos duración que el de Jerusalén. Las cuatro últimas cruzadas no fueron más dichosas que las anteriores; y en la séptima San Luis quedó prisionero, y tuvo que pagar un rescate muy subido: en la octava murió de la peste al pie de las murallas de Túnez, á cuyo gobernador había imaginado convertir.

Esta octava cruzada fué la última, pues el orbe cristiano comprendió que todavía no era bastante poderoso para rechazar á los musulmanes, y renunció á conquistar la Palestina, dejando que el símbolo del islamismo continuase ondeando en los santos lugares, donde todavía se cierne.

Mientras los Arabes sostenían contra los cristianos de Occidente las luchas de las cuales salían completamente vencedores, se les levantaba en el extremo Oriente un enemigo mucho más temible que los cruzados. De las metetas de la Tartaria precipitáronse sobre Asia oleadas de Mogoles conducidos por Gengiskhán, y después de invadir sucesivamente China, Persia é India, se apoderaron en 1258 de

Bagdad, poniendo fin á aquella dinastía de los Abbasidas que duraba quinientos años hacía.

Aunque fuesen tan bárbaros como los Turcos, los Mogoles se distinguían de ellos por la aptitud que tenían para recibir cierto grado de cultura; y aunque no hubieran podido, como los Arabes, fundar una nueva civilización, supieron adoptar la de los vencidos. Dejó el Oriente de ser regido por dinastías árabes, pero su civilización siguió reinando; y acorralado por estos conquistadores, su poderío se concentró en Egipto y España.

Siglo octavo de la hégira.—Lo llena la lucha de los Mogoles y de los Turcos, que se disputan las antiguas posesiones árabes de Oriente. Respecto á los Arabes, ha llegado ya la hora de su decadencia.

Siglo noveno de la hégira.—Presenció este siglo la completa caída del poder y de la civilización de los Arabes en España, donde reinaban desde ocho siglos atrás. En 1492 Fernando se apoderó de Granada, su última capital, y comenzó los degüellos y expulsiones en masa que sus sucesores prosiguieron. Matóse ó expulsóse luego á tres millones de Arabes, y aquella bri-

llante civilización suya que irradiaba desde hacía ocho siglos sobre Europa, se apagó para siempre.

El siglo noveno de la hégira señala el fin del imperio de los Arabes como poder político; y desde entonces no representaron un gran papel en Oriente sino por su lengua y religión. Los pueblos que habían vencido á los Arabes, como antiguamente los bárbaros vencieron á los Romanos, procuraron continuar su obra; de modo que en nombre del Corán la media luna reemplazó en Constantinopla á la cruz griega, é hizo temblar al orbe cristiano.

Pero si los Turcos eran guerreros hábiles, carecían de las cualidades que permiten á un pueblo subir hasta la civilización; y lejos de hacer progresar la obra de sus vencidos, ni siquiera pudieron aprovechar la herencia que les había sido legada. «La yerba no vuelve á brotar en el campo que el Turco ha pisado,» dicen los Arabes. Y en efecto, no brotó más; de modo que en el curso de otro capítulo veremos cuán grande fué la decadencia en que cayó luego el antiguo imperio de los Arabes, gobernado por sus nuevos señores.



LIBRO TERCERO

EL IMPERIO DE LOS ÁRABES

CAPÍTULO PRIMERO

LOS ÁRABES EN SIRIA

I

DIVERSIDAD DE LOS CENTROS QUE LOS ÁRABES ENCONTRARON

Al dedicar este y los capítulos siguientes al estudio de los Arabes en los diferentes países que ocuparon, queremos ante todo dar una idea general de su civilización, y mostrar su influencia en los pueblos con los cuales se hallaron en contacto, como también la que estos tuvieron sobre ellos; sirviéndonos para todo esto del examen de las obras que los Arabes dejaron en cada comarca. Después de este cuadro de conjunto, nos será más fácil en seguida ocuparnos en los demás capítulos de cada uno de los variados elementos cuya reunión lo constituyó.

Cuando los Arabes se establecieron en las diferentes regiones de Asia, Africa y Europa de que formaron su gigantesco imperio, se hallaron con pueblos que vivían bajo todos los grados de la civilización, desde la semi-barbarie, como ciertas comarcas de Africa, hasta la civilización greco-latina más avanzada, como Siria.

Así pues, las condiciones de existencia á que los Arabes estuvieron sometidos, fueron muy diferentes, según las localidades; y por consi-

guiente debemos suponer que su civilización se elevó en estos diferentes centros á diverso nivel.

Tal es precisamente lo que nos enseña la historia de la civilización árabe, así que la examinamos en sus detalles. Esta civilización, que duró ocho siglos, y de la que nos hablan los historiadores como de un solo pueblo y de una sola época, consta de fases muy diferentes; pues lo mismo la arquitectura y literatura, que las ciencias, la filosofía y hasta la religión tuvieron en aquellas comarcas unas evoluciones notablemente diferentes. Como la religión y la lengua eran semejantes, los Arabes de las diversas comarcas tuvieron un fondo común idéntico; pero no cabe decir lo mismo de la civilización de cada país sometido á la ley de Mahoma, del mismo modo que no cabe confundir la civilización de la Edad media con la del Renacimiento, ó con la de los tiempos moderados entre las naciones cristianas.

II

ESTABLECIMIENTO DE LOS ÁRABES EN SIRIA

Cuando los Arabes aparecieron en Siria, esta rica comarca era romana hacía unos siete siglos.

La narración de las primeras luchas que fueron causa de su conquista es bastante oscu-